

Alberto Requena R.
33°

UNA VISIÓN INTEGRADORA DEL SER HUMANO Y SU MUNDO

Desde su origen en los antiguos gremios de constructores, la masonería ha evolucionado hasta convertirse en una fraternidad filosófica y simbólica que propone un camino de autoconocimiento y perfeccionamiento moral del ser humano. Más allá de los ritos y grados que caracterizan su estructura interna, la masonería filosófica plantea una ética universal basada en la razón, la tolerancia, la libertad de pensamiento y la fraternidad. En este marco, resulta pertinente reflexionar sobre cómo sus principios pueden dialogar con dos de los grandes desafíos contemporáneos: la convivencia multicultural y la crisis medioambiental.

La masonería filosófica no es un sistema cerrado ni un dogma. Su carácter iniciático remite a una experiencia transformadora, donde el iniciado aprende a leer los símbolos como un lenguaje universal que trasciende religiones, culturas y épocas, que remiten a un ideal de armonía entre el individuo y el universo. Esta dimensión simbólica, lejos de estar anclada en una tradición occidental exclusiva, tiene ecos en múltiples sabidurías ancestrales: el taoísmo, el hermetismo egipcio, el sufismo islámico, las tradiciones indígenas americanas, o los sistemas filosóficos de la India.

Es precisamente en esta apertura hacia lo universal donde la masonería encuentra su vocación multicultural. Su lema — *Libertad, Igualdad, Fraternidad*— es heredero de la Ilustración, pero su espíritu

no se limita al racionalismo, ya que alienta la búsqueda de la verdad por múltiples caminos y respeta la diversidad como expresión de una unidad subyacente. En una época de migraciones masivas, conflictos identitarios y polarización ideológica, este enfoque adquiere una relevancia renovada. El diálogo intercultural, la hospitalidad hacia el otro, y el reconocimiento de lo común en la diferencia son valores que la masonería puede y debe reivindicar en el debate público contemporáneo.

Ahora bien, esta vocación universalista no puede desligarse de la relación del ser humano con su entorno natural. La masonería filosófica enseña que el templo que se construye no es solo interior o social, sino también cósmico. El respeto por la *Naturaleza*, entendida como una manifestación del principio creador, como es el Gran Arquitecto del Universo, implica una actitud reverente y cuidadosa. La crisis medioambiental actual, marcada por el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la contaminación de aguas, tierras y atmósfera, interpela profundamente a cualquier tradición que se pretenda ética y humanista. La masonería, en cuanto escuela de virtud, no puede permanecer ajena a esta emergencia.

En este sentido, algunos principios masónicos cobran una dimensión ecológica insospechada. La labor de pulir la piedra bruta, símbolo del trabajo interior del iniciado, puede leerse hoy también como una metáfora de la necesidad de refinar nuestros hábitos de

consumo, nuestra relación con los recursos naturales y nuestras estructuras económicas. La escuadra y el compás, instrumentos de medida y límite, aluden a la necesidad de equilibrio y no se puede construir sin destruir, pero tampoco se puede progresar sin preguntarse por el costo ambiental del progreso. El templo simbólico que edifica la Humanidad debe ser sostenible, no solo en términos técnicos, sino espirituales y culturales.

Además, la noción de *cadena de unión del R.·E.·A.·A.·.*, presente en los rituales, evoca una red fraternal que no se limita a los miembros de la orden, sino que puede extenderse a todos los seres humanos y, en un sentido más amplio, a todos los seres vivos. El cuidado del planeta no es solo una responsabilidad política o científica, sino también moral y simbólica. En este punto, la masonería tiene mucho que aprender y compartir con otras tradiciones sapienciales, muchas de las cuales han desarrollado una cosmovisión profundamente ecológica. Las culturas indígenas, por ejemplo, no conciben una separación entre lo humano y lo natural y el bosque, el río, la montaña, son seres con alma, con los que se establece una relación de reciprocidad y gratitud.

Incorporar estas visiones en el pensamiento masónico no significa abandonar la razón, sino ampliarla. La razón ilustrada, si quiere ser verdaderamente emancipadora, debe dejar de ver a la naturaleza como un mero objeto de explotación y comenzar a verla como una aliada, un reflejo de lo sagrado. La Ciencia y la espiritualidad, la técnica y la ética, la diversidad cultural y la unidad simbólica no son opuestas, sino complementarias. En este horizonte, la

masonería filosófica puede actuar como un puente entre culturas, entre disciplinas, entre generaciones.

El desafío consiste en actualizar el lenguaje sin vaciarlo de contenido; en comprometerse con causas comunes sin caer en el activismo partidista y en cultivar la tolerancia sin renunciar a los principios. La masonería filosófica puede ser, así, un laboratorio de conciencia planetaria y una escuela de ciudadanía. En sus columnas caben todas las culturas que buscan la verdad con honestidad; en su templo simbólico puede resonar el eco de la Tierra herida; en su trabajo silencioso y discreto puede germinar una ética del cuidado que abraza al ser humano y al mundo como partes de una misma totalidad. El mayor misterio es la vida misma, y que toda iniciación verdadera nos conduce a respetarla, protegerla y celebrarla.

En un mundo desgarrado por la fragmentación, el odio y el saqueo ambiental, la masonería como escuela de sabiduría y fraternidad, tiene la posibilidad de ofrecer una perspectiva integradora. Su lenguaje, su vocación de mejora constante, su apertura al diálogo intercultural y su respeto por la dignidad humana la sitúan en una posición privilegiada para contribuir a una nueva conciencia planetaria. No se trata de imponer un modelo, sino de ofrecer un espacio, donde la piedra bruta de cada cultura y cada individuo pueda ser tallada con libertad y armonía, en diálogo con los otros y con la Tierra.

Alberto Requena R., 33º

Director de Zenit